

Revisado

LA PRESA DE LOS VENCEDORES  
BOCETO DE COMEDIA EN UN ACTO  
POR EMILIO S. BELAVAL

PERSONAJES

- El doctor Ananías Nogales, treinta y tres años, calavera, soñador;
- El profesor Sergio Aldavín, cuarenta años, biólogo, sensitivo, mundano;
- El matemático Ariosto Martínez, cuarenta y cinco años, buen vividor, inalterable humorista;
- El diputado Salomón Mendizábal, cincuentón, ponderado, buen trago, apetito sutil;
- El desconocido Fradique Núñez, de edad indefinida, coleccionista de autógrafos, humano, triste, cordial;
- Boy, el botones del club.

La escena representa un salón de hombres en un club distinguido. Pocos muebles; agrupados en segundo término derecha, un sofá de cuero con dos butacas; detrás del sofá mesa larga con lámpara enana, teléfono; frente al sofá mesita pequeña para "high balls" y cenicero; en primer término izquierda un amplio butacón con lámpara de pie, de luz indirecta. No debe haber más luz en escena que la de estas dos lámparas de escasa proyección, pero por la derecha, podrá entrar en escena un buen resplandor que penetra por la vidriera corrida, practicable, que se supone da a un bar. Alfombras, tres o cuatro figurillas decorativas de buen gusto.

ESCENA UNICA

Ananías, Sergio, Ariosto; después Salomón; más tarde Fradique, todos de smoking; el botones, que entra y sale según lo indique el diálogo.

ANANIAS - Caballeros, ¿podría alguno de ustedes iniciar la conversación?

SERGIO - Tertulia de hombres sin alcohol, tertulia aburrida.

ARIOSTO - Sobre todo cuando se espera a alguien.

ANANIAS - Pues yo necesito hablar. Confieso tener el vicio de hablar. Tal vez por lo mucho que he tenido que escuchar en esta vida.

ARIOSTO - ¿Se quejan amenudo tus lindas pacientes?

ANANIAS - ¿Qué médico podría sostener una clientela femenina, si no es a base de escuchar lamentaciones?

SERGIO - Que tú alentarás seguramente para que crean en su mal y en tu ciencia...

ANANIAS - Mi querido biólogo, ustedes los hombres de laboratorio, no podrán nunca entender estos deliciosos problemas del clínico. Cada mujer necesita de alguien que crea en su fragilidad. Cuando el marido se olvida de esta paciente, es natural que la mujer necesite convencer a alguien de su delicada condición. Para esto, el médico está indicadísimo. Es un hombre que sabe de la minúscula flora de los nervios, de las depresiones, de la irritabilidad femeninas. Puede recetar solo el estarse tendida, con una linda batahola de encajes, en la chaise-longue.

SERGIO - Entonces tendremos que convenir en que hay un destino poético de la medicina.

ANANIAS - ¡Qué ciencia no lo tiene!

ARIOSTO - Mis respetables matemáticas no aspiran a tamaño desatino.

ANANIAS - ¡Por Dios, amigo! Se meten ustedes hasta con las estrellas, crean la astronomía, que es lo más pueril que existe en cuanto a estudio científico y todavía reniegan del destino poético. Detrás de cada matemático hay un soñador.

SERGIO - Por lo menos un hombre que interesa que no lo entienda nadie.

ANANIAS - Que es una manera de largarse a las estrellas...

ARIOSTO - No, yo soy el cálculo del mundo. Esa es mi fuerza. Un matemático es siempre un hombre fundamental.

SERGIO - Bien. Será necesario no destruir esta ingenua vanidad de nuestro amigo Ariosto Martínez, ¡Pobre alma vertida en un papel emborronado de guarismos!

ANANIAS - Yo persisto en mi idea del cálculo astronómico. Lo creo un deber de amistad hacia tí.

ARIOSTO - Para médico eres muy frívolo. Prefiero el antiguo médico, a lo Pasteur, de mirada grave y de lazo de corbata alicaído.

ANANIAS - Esa era una pequeña actitud romántica, mi querido matemático. No hay médico hoy que pueda abandonar el pulimento de sus uñas. Son las mujeres, las que hacen el caudal de un clínico.

ARIOSTO - ¿Calculador, eh?

SERGIO - ¡Quién sabe!

ANANIAS - Yo lo sé. (con una sonrisa). Tuve una vez la ridícula inclinación de estudiar honradamente los males de la humanidad. A mi puerta de cristales deslucidos sólo vi llegar la legión más execrable



de los seres vivientes, a los enfermos auténticos, desengañados del médico, con almas de usureros al momento de pagar, maniáticos que sabían de antemano que no había médico capaz de curarlos; a los dilettantis del reuma, de la dispepsia, de los tumores malignos, de las vías respiratorias. No había forma de mejorar la salud de aquella facción desilusionada, febril, que había paseado su bilis por cuanto sanatorio, aguas termales o antesalas tiene el mundillo de la clínica médica. Los otros que llegaron eran todavía peor, acreedores que no podían cobrarme, que vociferaban insultos.

SERGIO - Hasta que un día llegó una mujer hermosa.

ANANIAS - Algo más atractivo aún: llegó la mujer de un ministro que quería cauterizarse una berruga. Necesitaba un médico oscuro, que no debiera nada a su marido, para que no sintiera temor de contrariar al ilustre hombre. Con una simple operación, yo devolví a aquella mujer que nunca se creyó bella, el máspreciado bien que puede darse a un semejante: la seguridad de la belleza. Contra todos mis presentimientos, un día llegó el ministro extasiado, a darme un abrazo. Su mujer había sufrido una transformación maravillosa. Cambió sus medias de hilo por medias de seda, bajó cuatro pulgadas la línea del escote, se dió largos baños con sales aromáticas. Claro en la vida del prócer, aquella fue una revolución; era tanto como vivir una nueva luna de miel, adornada por todos los remordimientos de una madurez echada a perder en incómodas aventuras seniles. ¡Es casi mi amante! ¿sabe usted?-suspiraba en mi hombro aquel mártir de la displicencia conyugal.

ARIOSTO - ¡Es para reflexionar, ya lo creo!

ANANIAS - Pues si eso consiguió mi ciencia con la simple desaparición de una berruga, ¿para qué insistir en curar a aquellos maniáticos sulfurosos, incapaces de embellecer la vida de nadie, enemigos del médico, siempre desacreditándolo en cuanta tertulia de viejas hay en algún rincón del mundo?

SERGIO - ¡Hereje! ¡Protesto en nombre de la santidad de laboratorio!

ARIOSTO - El cálculo, que yo represento, aplaude estrepitosamente la reflexión sentimental del doctor Nogales.

ANANIAS - ¡Ay, amigos! En tres meses los mustios cristales de mi despacho estaban tamizados por cortinillas color malva, mis fúnebres butacones de cuero eran desplazados por unos Luis XV de dorados bejucos. Los diagramas de funcionamiento, las cartas anatómicas, la calavera hamletiana que eran todo mi escenario profesional fueron sustituidos por unas acuarelas de Bouchet y por esa encantadora pintura que tanto emociona a mis clientas, donde un médico elegante, irreprochablemente vestido de blanco, lucha por arrancar a una linda mujer desnuda de las garras esqueléticas de la muerte, que la tiene fuertemente abrazada.

ARIOSTO - No se puede negar la estética de la alegoría.

SERGIO - Ni la falsedad de la actitud profesional.

ANANIAS - Mi querido sabio, tú eres uno de los puros de la ciencia. Morirás pobre, desencantado, y Dios quiera que aún te puedas librar de la calumnia de la inmortalidad, que es un verdadero obstáculo para entrar en el cielo.



SERGIO - ¡No importa!

ARIOSTO - ¡Se me ocurre una estupenda idea! Mercurio es sin duda alguna un gran inspirador de la felicidad. ¿Por qué no instalas junto a tu despacho de clínico un salón de belleza?

ANANIAS - Es una idea genial, amigo Ariosto.

ARIOSTO - Imagínate. ¡Ejercer la medicina mientras la paciente se pule las uñas, o se riza el cabello!

SERGIO - Por lo menos, la disposición de la paciente sería perfecta.

ANANIAS - Y casi estaría asegurado el triunfo de un clínico, cuyo primer problema es procurar que el paciente luche con la enfermedad, que no se deje vencer por ella.

ARIOSTO - ¡Una mujer que se riza el cabello es una mujer que no le teme a la muerte!

SERGIO - Pues nada, mi querido doctor Nogales, a desbancar al perfumista, a la manicura, a la masajista. Tal vez adquiera cierta propiedad ese anuncio de los parlors de estar regidos por un experto en belleza.

ANANIAS - Voy a darle a esa idea mi más concienzuda atención.

SERGIO - ¡Abajo los farsantes! Como entretenimiento para esperar a un amigo regalón que se tarda, está bien esa peligrosa teoría de la medicina estética. Pero, aunque sea a costa de una borrachera, estoy dispuesto a arrancarte el antifaz de frívolo, con que cada clínico trata de ocultar su desilusión de médico malogrado.

ARIOSTO - Sobre todo, después de ese admirable papel sometido al instituto sobre las psicopatías climatéricas.

ANANIAS - ¡Por favor, no me rompan mi aura de elegancia! Estoy expuesto a perder la clientela. Esas monografías son ahora mi pecado, mi único pecado profesional. Los hago más bien por desentono, para ver si logro alguna vez que uno de mis maniáticos de los primeros tiempos llegue a creer en la medicina. ¡Es casi como rescatar un alma!

SERGIO - Eres un perfecto mediquillo. Por cierto que tengo algunas objeciones contra tu último papel. Hay una parte en que vuelas mucho y me has asustado. ¡Un biólogo como yo, no puede dejar de ser un ratón de biblioteca, un esclavo del papel cuadriculado! Me asustan todos los vuelos cuando no van a morir a la mesa de disección.

ANANIAS - Para mí será un placer el discutirlo contigo.

SALOMON - (entrando). ¿Se puede saber de dónde procede esa lamentable apreciación de la biología?

SERGIO - Del aburrimiento de tres hombres que hace tiempo están esperando a un amigo desconsiderado.

ARIOSTO - Pero hombre, ¿por qué siempre has de ser tú el que se haga esperar?

SALOMON - (Mientras da la mano) Porque soy el único diputado de la reunión. Un político que no se hace esperar, es un hombre peligroso. Llegar tarde a todo, para tener oportunidad de que todos metan la pata de antemano, es toda la sabiduría que necesita la política.

SERGIO - Lo cual no deja de fastidiar profundamente a tus amigos cuando quieren beber.

ANANIAS - Con el riesgo de meternos a teorizar escabrosamente para divertir a la tertulia mientras se completa.

SALOMON - Por hoy no tienen más remedio que aceptar que soy el hombre del momento. He pronunciado un discurso esta tarde que puede salvar a la patria. O hundirla, nadie sabe; mejor dicho, lo sabe el ministerio de fomento que fue el que me pidió el discurso ¡Fue una pieza estupenda! He rugido como un león y no he dicho nada entre dos platos; he provocado interpelaciones de los greñudos de la izquierda; se han dado unas cuantas bofetadas en las galerías. ¡Un perfecto triunfo parlamentario!

ANANIAS - ¡Qué habrá encantado al ministro!

SALOMON - Ha estado amabilísimo, a pesar de que me escurrí de una invitación de la ministra, que cultiva un salón de jamonas, donde quería exhibirme esta noche. ¿Qué pasa; no se bebe?

ARIOSTO - ¡Sí, hombre! (se levanta hasta la puerta; llama)  
¡Boy! ¡Boy!

BOY - (apareciendo) Señor Martínez.

ARIOSTO - Lo de siempre; vaso alto ¿eh? Cubeta de hielo y una botella.

BOY - A sus órdenes (Se retira. Después de un poco de diálogo reaparece con el servicio que deja en la mesita enana; mutis en silencio)

ANANIAS - Pues nada, mi querido Cicerón, ¡que la patria te perdone el crimen de esta tarde!

SALOMON - ¡Todo menos la crisis!; esa es mi parodia favorita.

SERGIO - Encantado de pertenecer a una tertulia de vencedores.

ARIOSTO - ¿Tendrás el mal gusto de excluirte?

SERGIO - ¡Nunca! ¿Desde cuando el laboratorio ha dejado de ser un nido de la soberbia?

ARIOSTO - Desde que las matamáticas anunciaron el crucigrama de la relatividad. Al fin habrá algo en la vida que no entenderemos nadie más que los matemáticos.

SALOMON - Siempre queda algo que no entiende nadie: ¿Por qué será siempre tan fea la mujer de un ministro de fomento?

ANANIAS - ¿Tiene verrugas?



SALOMON - ¿Tratas de desbancarme, eh? Pues, no señor, no h una sola berruga en todo el ministerio.

ARIOSTO - ¡Hombre precavido!

ANANIAS - Vencedor al fin.

FRADIQUE - (entrando a la primera palabra) Ustedes perdonen. No sabía que estaba el salón ocupado.

ARIOSTO - Tendremos mucho gusto en cederle el rincón de la izquierda.

FRADIQUE - Es para leer este periódico únicamente. Lamentaría molestar...

ANANIAS - A menos que no quiera usted acompañarnos al vaso.

FRADIQUE - Sé lo que es una tertulia íntima y me precio de ser un hombre discreto. Muchas gracias. (se inclina)

SERGIO - Es usted muy galante, estimado consocio.

ANANIAS - Está a sus órdenes el rincón, caballero.

FRADIQUE - Gracias, señores. (Se sienta en el butacón de la izquierda; se esconde materialmente detrás del periódico para que el público se olvide de él)

ARIOSTO - He aquí un hombre que puede hacerte temblar, amigo.

SALOMON - ¿Por qué?

SERGIO - ¡Va a leer tu discurso!

ANANIAS - ¡Un emboscado! A lo mejor es hasta inteligente. Ese hombre puede, con un solo gesto de aburrimiento, echar por el suelo tu gloria de esta tarde.

SALOMON - ¡Horror! ¿Podrá fortalecer mi ánimo en prueba tan difícil?

ANANIAS - (Dándole un vaso) Un brindis.

SERGIO - ¡Contra la política! (otro vaso)

ARIOSTO - ¡Contra la medicina! (otro vaso)

SALOMON - ¡Contra las matemáticas! (otro vaso)

ANANIAS - ¡Contra los vencedores! (último vaso)

SERGIO - Brindo por que algún día la política sea una ciencia experimental ejercitada únicamente en el desierto o en la estepa. ¡Que todo hombre que pronuncie un discurso pueda ser devorado por las fieras!

SALOMON - ¡Ah, traidor!

ARIOSTO - Pues yo brindo por que en el más cercano día la medicina sea una ciencia inocente, que la pueda ejercitar en un salón de belleza, una manicurista trivial.

ANANIAS - ¡Mi adhesión! ¡Garantizo mi adhesión profesional!

SALOMON - Mi brindis es por un destierro fulminante de las matemáticas. Que a todo ser empujado de tan estúpida vanidad, se le ponga un gorro de astrólogo y se le cuelga del pecho una máquina de sumar, para que lo persiga la chiquillería por las calles...

ARIOSTO - ¡Miserable, que acabas de defender los guarismos del ministerio de fomento!

ANANIAS - ¡Silencio! Yo brindo por la total destrucción de los vencedores, dioses minúsculos capaces de deber su gloria a la operación de una berruga, a un discurso patibulario, a una cifra infinitesimal o a un ingenuo gusanillo.

SALOMON - Protesto: la modestia es una virtud imposible de llevar en política. ¡Puede derrumbarse el ministerio!

ARIOSTO - ¡Hay que salvar la soberbia de las matemáticas! Todavía queda el espacio.

SERGIO - La ciencia aspira a ser una conquista de la inmortalidad.

ANANIAS - ¡Caballeros, se han desacreditados ustedes estrepitosamente!

(Inclinación grotesca; llamando) ¡Boy! ¡Boy! ¡Otro trago! (aparece Boy y sirve; doble) ¡Que al menos estos cerdos de Epicuro puedan ahogar su vanidad en alcohol!

SALOMON - A este pobre hombre le ha pasado algo, ¿no creen ustedes?

ANANIAS - Amigos, es un secreto conmovedor. ¡Mi amante se me ha puesto flaca!

SERGIO - ¡Miserere!

SALOMON - Habrá seguido tu régimen dietético, ¡Se explica! ¡Se explica!

ANANIAS - ¡Oh esta sorda impotencia del médico ante la tragedia de no poderle ocultar las costillas a la mujer amada!

ARIOSTO - La matemática tiene resuelto ese problema maravillosamente. Un geómetra puede amar con admirable ingenuidad a una mujer gorda.

ANANIAS - Y para esto luchan los hombres en la vida. ¡Para que una simple rebelión de las vitaminas pueda robarle todo el encanto al más adorable objeto de su persecución!

ARIOSTO - Elegíaco, amigazo.

SERGIO - Para eso aún falta por saber cuál es la presa que persiguen los vencedores. ¿Crees tú honradamente que sea la mujer?



ANANIAS - ¡Hace tiempo que estoy luchando por quitarme esa terrible sospecha de encima!

SERGIO - Pues aunque parezca una paradoja, es a la biología a quien le toca esta vez poner el problema en orden: la presa de los vencedores no es la mujer.

ANANIAS - ¡Insensato! Tú, un biólogo, destruyendo el único encanto de la biología.

ARIOSTO - En contubernio franco con la matemática que no acepta ninguna fatalidad en la mujer, si no se refleja sobre la cuenta del banco.

ANANIAS - ¡Bah! Son ustedes los únicos hombres que se han preocupado por la distancia que pueda separarnos de una estrella.

ARIOSTO - Porque la estrella es lo abstracto, es la belleza lejana, luminosa, cuasi filosófica. La única forma femenina que no ejerce ningún influjo sobre la cuenta de ahorro.

SALOMON - ¿Están ustedes, borrachos?

ANANIAS - Es que este biólogo indigno se atreve a discutirme que no sea la mujer la presa por la cual el hombre luce y venza.

ARIOSTO - Apoyado en mi matemática empírica.

SALOMON - ¿Cuál es, pues la presa de los vencedores?

SERGIO - (Con un poco de amargura) La gloria.

ANANIAS - (Casi en un grito) ¡Mentecato! ¿Alguna vez se ha permitido en el mundo asesinar a un amigo?

SALOMON - (Con fatuidad prócer) Puede; puede que tenga razón nuestro amigo Sergio Aldavín.

ANANIAS - Caballeros, esto es inmoral. Un biólogo, un matemático, un político que creen en la gloria. Son ustedes francamente inmorales.

SERGIO - ¿Por qué? Por no resignarnos al credo de un medicucho sentimental.

ANANIAS - Pero, infeliz, tú no te das cuenta que el día que desaparezca la mujer de las preocupaciones humanas, desaparece la rama más vital del árbol de la sabiduría. Podría hasta aparecer sobre la corteza de la tierra una humanidad vegetal, o un comunismo herbolario, ¡qué se yo! Las cavernas las inventó el pudor de los hombres para servir de guarida a su egoísmo erótico.

ARIOSTO - Yo niego esa apreciación; no la reconoce la economía. ¡Yo la niego! La economía es la ciencia matriz. ¡La caverna es el primer paso a nuestro sistema bancario!

ANANIAS - ¡Idiota! ¿Qué sería de la banca a estas horas si la mujer no hubiera inducido al hombre a acaparar sus encantos? El día que las mujeres decidan no comprar rouge no hay un hombre capaz de guardar un sólo céntimo.



SALOMON - ¡Yo me decido por la gloria! Me sienta bien para mis discursos. Sobreviviré; será una segunda vida. Demóstenes le merece más respeto a la humanidad que Aspasia.

ANANIAS - No hay más que contar las estatuas de uno y otra.

SERGIO - Porque ahora es que el mundo comienza a ser espiritualista. La antigüedad es esencialmente pornográfica. El romanticismo nos ha servido de sarampión de la niñez y nuestra época será una época del espíritu en cuanto pase el deslumbramiento libertino que ha sembrado el feminismo político.

SALOMON - La política, para ser virtuosa, tiene que estar en manos de los hombres. Nada de mujeres, nada de sentimientos; idea, idea e idea.

ANANIAS - ¡Idólatra!

ARIOSTO - La mujer no tiene principio económico. Es una intrusa en mi mundo, que despilfarra, que hace que el hombre retire su cuenta de ahorro. ¡Hay que prescindir de la belleza!

ANANIAS - ¡Burócrata!

SERGIO - Crear una humanidad de hombres serenos, firmes, contemplativos, sin prejuicios estéticos ni complejos de lucha.

ANANIAS - ¡Tecnócrata!

SERGIO - ¡Creo en la gloria!

ANANIAS - ¿Para qué te sirve, idiota?

SERGIO - ¡Para soñar!

ARIOSTO - ¡Creo en la gloria!

ANANIAS - ¿Para qué te sirve, iluso?

ARIOSTO - ¡Para llegar a las estrellas!

SALOMON - Yo quiero la gloria.

ANANIAS - ¿Para qué te sirve, necio?

SALOMON - ¡Para sentirme el centro del universo!

ANANIAS - ¡Sois unos inmorales! ¡Estáis borrachos!

SALOMON - Necesito leer mi discurso. (Dirigiéndose a la izquierda) ¡Caballero! ¡Caballero! ¡Présteme usted su periódico! Necesito leer mi discurso para robustecerme, para afianzar mi posición en esta endiablada polémica.

FRADIQUE - (Con risueña calma) Aquí lo tiene usted... (De pie)

ANANIAS - Un momento, caballero. ¡No cometa usted ese crimen! ¡Va usted a malograr un político! Este hombre empieza a creer en la gloria.

FRADIQUE - ¿Y para usted no existe?

ANANIAS - Existe, pero es una forma humana, tibia, blanca, con bucles castaños. Tiene los ojos verdes, como las sirenas.

FRADIQUE - ¡Ahora comprendo su inquietud!

SERGIO - No se deje usted engañar. Nuestra tesis es que la mujer no es la presa de los vencedores, que es la gloria, la gloria púdica, abstracta, ennoblecida. La única doncella inviolable.

ANANIAS - ¡Esta gente está borracha! Poseídos de un morbo polémico. ¡Huya usted de nosotros! Se va a contaminar de soberbia.

ARIOSTO - ¿Qué piensa usted de nuestro teorema?

ANANIAS - ¡No conteste! Usted es un hombre muy grave. Apenas ha sonreído. A lo mejor me resulta usted un enemigo, otro matemático.

FRADIQUE - No, por suerte. Soy un simple coleccionador de autógrafos.

SALOMON - (que ha estado gesticulando pomposamente en segundo término) ¡Mi discurso! ¡Mi discurso es una cosa admirable!

ANANIAS - Este hombre está endemoniado.

SERGIO - Podrá usted conseguir su autógrafo. Yo también le daré el mío, cuando termine mi estudio de los invertebrados.

ANANIAS - ¡Cómo puede usted vivir revolviendo papeles viejos! Aún está usted joven.

FRADIQUE - Lo cual no me impide buscar el trazo fugaz de la mano de Lord Byron, de Jorge Sand, de Federico Chopin a través del polvo; el trazo apasionado, angustioso.

ANANIAS - ¡Caballero, usted se ha contagiado! ¡Usted desvaría!

FRADIQUE - No lo crea usted. Esta tarde he tenido entre mis manos el corazón de Juana Dubarry, en unos simples rasgos, en un adiós desesperado a un amante cegado por el resplandor del trono del otro favorecido. ¡He sufrido una emoción tremenda! Estoy casi en estado de coma romántico. He sentido, aquí, sentado, que Juana me ha besado en los labios, vagamente.

ANANIAS - ¡Entonces es usted un erótico! Reconózcalo.

FRADIQUE - (Con una inclinación, como presentándose) Yo soy un profundo erótico, caballero.

ANANIAS - ¡He triunfado! Caballero, me propongo firmemente ser su amigo. ¡Necesito cambiar mis íntimos! Estos señores son capaces de volverme loco.

SERGIO - ¿Cree usted que la mujer es la presa codiciada de los hombres, eh? (Con sorna de borracho)



FRADIQUE - Lo creo tanto como usted.

SERGIO - Yo no creo nada más que en la gloria.

FRADIQUE - ¿Y cuál es su imagen de la gloria?

SERGIO - Una adolescente de formas sutiles, tan grácil como un menúfar. Ha de tener el pie pequeño y la mirada errante.

ARIOSTO - ¡Qué desatinol! La gloria para mí es una imagen geométrica, con un simple peplo octagonal, robusta, con los brazos desnudos, tan transparente como una teoría.

SALOMON - Para mí es una matrona con peto de diamante, un alto relieve de oráculo, con una gran cabellera, suelta, los ojos verdes como Minerva.

FRADIQUE - (sonriendo a Ananías) ¡Vé usted? ¡Todavía se atreven a reprocharnos nuestro erotismo! Nuestro único pecado es haber pasado del concepto plástico de lo femenino, al sentido humano de la mujer.

ANANIAS - (con ingenuidad de borracho) ¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Todos son unos farsantes! ¡Es verdad!

SERGIO - Pero ha llegado usted a suponer...

FRADIQUE - Lo que usted sabe también: que en el contenido ideal de la gloria, aún el más abstracto, el más empírico, la esencia de lo femenino es igual: un beso de una forma bella como único premio para nuestra obra de toda una vida.

ARIOSTO - Caballero, ¿tiene usted la presunción de haber desnudado nuestra alma?

FRADIQUE - Por lo grande que sea este desconcierto tendrá usted que medir su agradecimiento hacia nosotros, que le hemos bajado la gloria del espacio y la hemos puesto al alcance de su mano. Envidie usted a su amigo que ha encontrado la gloria en los labios de una mujer.

SERGIO - (brutal) ¡Que se le pueden contar las costillas!

FRADIQUE - Y compadézcame a mí, que a pesar de saber que la gloria tiene forma humana, carne suave, ojos verdes o claros, no he podido lograr nada más que el beso casi inmaterial, de una intangible Juana Dubarry.

ARIOSTO - ¡Bah! Tiene usted el peor vicio del espíritu, es usted un lírico. ¡Yo puedo regenerarlo! Estudie matemáticas.

FRADIQUE - Por mi gusto erótico, aborrezco de las formas redondas. (riendo)

ANANIAS - Yo le buscaré una querida guapa. No se preocupe.

FRADIQUE - No. La mujer es siempre una presa que va atada al carro de los vencedores. Y yo soy uno de los vencidos.

SALOMON - ¿Por qué no pronuncia usted discursos?

SERGIO - Puedo prestarle un microscopio.

ARIOSTO - Ingrese usted en un colegio de contables.

ANANIAS - ¿Puede usted ayudarme en mi estudio sobre la psicosis?

FRADIQUE - ¡No, por favor! Mi filosofía está en no tratar de vencer. Esto hace que el mundo para mí sea un paraíso lleno de posibilidades. Además me quita esa noción concreta, grosera de las cosas que adquiere el vencedor. Porque de los vencidos es la gracia de la melancolía.

SERGIO - ¡Pero, caballero!

ARIOSTO - ¡Es inconcebible!

SALOMON - ¡Oiga, usted!

ANANIAS - ¡Admirable!  
(simultáneamente.)

FRADIQUE - Además es que para mi erotismo puro sería intolerable descubrir, que a Juana Dubarry, el más lindo talle que tiene la historia de Francia, se le pudieran contar las costillas.

SALOMON - ¡Mi discurso! ¡Mi discurso! Necesito arraigarme en mis convicciones.

ARIOSTO - Mañana repasaré mi cuaderno de cálculo infinitesimal. ¡Este hombre está loco!

SERGIO - ¡Que me lleven a mi laboratorio! Estoy a punto de perder el juicio.

ANANIAS - ¡Qué lindos ojos verdes tiene mi querida! Este detalle de las costillas puede ser encantador, ¿no cree usted?



FRADIQUE - ¡Puede ser hasta una transparencia! Regátele usted un collar de esmeraldas. Tal vez yo busque un cofrecillo de ónice para el autógrafo de Juana. ¡El recuerdo de una mujer es como un perfume que sólo sabe conservar el corazón de un hombre vencido!

ANANIAS - (entusiasmado) ¡Boy! ¡Boy! ¡Trae una botella de champaña, antes que se desquicien la biología, la política y las matemáticas! ¡Caballero, es usted un hombre encantador!

FRADIQUE - Es una de las pocas ventajas a que puede aspirar un hombre vencido.

Esta última frase hace que se disfunda el boceto, en un alarde delgado de frivolidad para no permitir que el público se entere de los gruñidos de los otros. Debe caer el telón a tiempo para que no se oiga más vociferar a don Salomón Mendizábal: ¡Mi discurso! Al abandonar la escena los intérpretes deben salir con cuidado para sus camerinos. ¡Pueden caerse las bambalinas para vengarse en las cabezas de los inocentes actores de las absurdas ideas del autor!